

al sacerdocio de la Nueva Ley.—Sacerdotes ejemplares.—Grandeza y heroísmo de este sacerdocio.—Nepomuceno, Paúl, Ignacio, Cayetano, Calasanz, Lelis y otros.

---

La sociedad, *casa fiel*.—Los individuos, templos vivos de Dios.—Historia del sacerdocio en general, y contemplada en todas las Religiones.—Necesidad social.—Elemento ejemplar.—Ciencia.—Virtud.—Adelantos.—Consuelos.—Amenazas á la sociedad por su conducta para con el sacerdocio.—Invocación á Dios.—Apóstrofe al nuevo sacerdote.—A los fieles.—Oraciones, ruegos y recuerdos solemnes en el altar.—Súplica.

---

## SERMON

### DE PROFESIÓN DE UNA RELIGIOSA.

---

*Lætatus sum in his quæ dicta sunt  
mihi: in domum Domini ibimus.*

Me he alegrado en esto que se me  
ha dicho: á la casa del Señor iremos.

(Ps. CXXI, v. 1.)

Después de Abimelech, el Juez de Israel, muerto vergonzosamente por una mujer, al pie de la torre de Thebes, juzgaron en paz al pueblo de Dios, Thola y Jair; y *haciendo lo malo*, según la frase bíblica, *en la presencia de Dios*, los Israelitas, como tantas otras veces, sufrieron el yugo de los Filisteos y de los Ammonitas, hasta que un hombre oscuro, arrojado como espúreo del hogar de Galaad por sus hermanos, Jepté, se tornó, airado, en aventurero, y nuevo José, vino á dominar, llamado á la judicatura por los mismos que le habían privado de su herencia.

Temblaron los incircuncisos á la vista de este segundo Gedeón, y entraron en tratos con él: pero Jepté jugaba, como suele decirse; el todo por el todo, y no estaba de humor de concesiones, pactos, ni acomodamientos; y legítimamente orgulloso de su fortuna en el terreno de las armas, las volvió contra los hijos de Ammón, que se le mostraban más intransigentes y envanecidos, haciendo al Señor, si le concedía su exterminio, una promesa fatal, un voto imprudente: el sacri-

ficio de lo primero que encontrase saliendo á su encuentro al regreso á su hogar, triunfante de sus adversarios; y lo primero que se le puso por delante al llegar á su casa de Maspha, sonriente de gozo, delirante de entusiasmo, entre las armonías de la música, fué su hija única Seilam; *é hizo en ella como había prometido.*

Sacrificio misterioso, en verdad, es el de Jepté, por cuanto la Santa Letra, no lo detalla en términos precisos; y mientras unos Santos Padres opinan que únicamente consistió en lo que hoy hemos dado en llamar *la muerte civil*, más oprobiosa en aquel pueblo de las promesas y de las esperanzas, que en ningún otro, porque privaba á una mujer de lograr acaso la grandeza de ser madre del futuro Mesías, otros Santos Padres no menos respetables en su autoridad y número, lo califican de verdadero y real, sacrificio cruento, castigo de Dios porque aborrece tales ofrendas, para aquel imprudente y orgulloso Galaadita; los lamentos y desesperación del padre, que hace trizas sus vestidos á la vista de su desdichada hija, y el llanto de esta por los montes durante dos meses, aunque noblemente resignada y valerosa en un principio, en compañía de sus amigas, desoladas como ella, nos descubren algo muy terrible y nos hacen estremecer de espanto y de dolor, al través de ese velo del misterio con que Dios ha querido cubrir este pasaje de la revelación divina.

Pues ¿qué sucede hoy aquí? ¿se trata de un Jepté envanecido, de un voto irregular y excepcional en sus condiciones, de una Seilam condenada por lo menos al oprobio de la esterilidad, por un sublime acto de obediencia filial? Nada de eso: aquí no hay padres imprudentes, sino resignados á la voluntad de Dios y de su hija; no hay promesas culpables é indeliberadas, sino votos espontáneos, libres, y meditados con la madurez y el tacto, y la exquisita previsión y prudencia de una legislación augusta é infalible; no hay hijas forzadas por sus padres al sacrificio, ni compañeras que se asocian compadecidas á sus lamentos; no hay montes estériles y maldecidos,

como los de Gelboé, Garizín y Hebal, que recogen y repiten sus sollozos: hay lágrimas, pero son de regocijo; hay compañeras y amigas, pero lo son ya como David y Jonatás, hasta la muerte, y más allá, fundándose en consoladoras creencias y en dulcísimas y halagüeñas esperanzas; hay lucha santa entre la sangre y el espíritu; pero hay triunfo de la verdad; hay, lo concluiré ya: una esposa de Jesucristo, que á Él se consagra por solemnes y espontáneos sublimes votos, después, no de dos meses de llanto, sino de un año de incesante y continuo ayuno.

Pues bien: ahora, en presencia de Dios, que va á recoger esos votos; de la casta desposada de Cristo, que va á consagrarse á Él por entero; de los fieles, que admiran y agradecen este acto y este ejemplo, y del mundo, si es preciso también, que lo contradice, rechaza y repugna, porque bien no lo comprende; voy á explicar yo el Salmo 121 en toda la semejanza posible á los sentimientos de esa virgen, á los de su familia, amigos y circunstantes; á los de esta venerable y santa Comunidad y á los de los mundanos que la compadecen, por que dicen desearla *todo su bien*; basando todo mi plan sobre el primer versículo, que constituye mi tema.

Dios de las promesas y de las esperanzas, escuchad mi ruego; Señor de la vocación y de la recompensa, del sacrificio y del premio, dadme elocuencia suficiente para entusiasmar á los creyentes y desengañar á los descreídos; para encender sobre todo y ante todo, en el corazón de esa Religiosa y de sus santas asociadas la llama del amor divino, que os pido, en unión de mi devoto auditorio, por la intercesión de la Virgen de las vírgenes:

AVE MARÍA.

Dejemos ante todo, hermanos míos, cantar con David á la nueva esposa del immaculado Cordero de los siglos; y antes de profundizar y de apreciar debidamente las bellezas de su ins-

pirado Salmo, pongamos mejor que en las de Seilam, el tímpano y el coro en manos de esa virgen consagrada á Dios, para que saliendo al encuentro de su Eterno Padre nos diga, trasportada de regocijo con el Profeta Rey: *Me he alegrado en esto que se me ha dicho: á la casa del Señor iremos: nuestros pies estaban en tus atrios, Jerusalén;* que son sus dos primeras estrofas.

Ya lo están, Religiosa feliz, ya lo están: se cumplieron por fin tus votos y tus deseos, las eternas y santas aspiraciones de tu corazón, que formaron desde muy antiguo tu bello ideal, y la fuente y el origen de tus puras inocentes alegrías; que no es precisamente el tedio de la vida humana, ni la desesperación de Raquel estéril, ni los desengaños, ni las ilusiones perdidas; menos la coacción, ni la violencia, ni el capricho, ó la mal entendida piedad de tus padres, ni de tu familia, ni las preocupaciones de la educación, ni tu temperamento físico, ni todas esas necedades (permítidme, mis amados, la dureza de la palabra) que el mundo amontona contra la vida del espíritu y la verdadera libertad de conciencia, y la probada religiosa vocación, lo que á esa reja y santo asilo te ha traído. ¡Desde la cuna te previno Dios, hermana é hija mía carísima, con bendiciones de dulzura, según frase consignada en el Libro Santo, para aliento y esperanza, y resignación y fortaleza de las almas elegidas! ¡Para admiración y confusión del mundo, que ve los santos y las vocaciones de Dios sin darse cuenta de ello, según su sabiduría de la carne! ¡Para que las leyera San Pablo y marcara tan admirablemente los grados y la carrera gloriosa de la predestinación que aprendió en un momento, lanzado de su corcel, á las puertas mismas de Damasco!

Pero estos son prodigios de la gracia que renueva en el orden sobrenatural las excepciones del milagro en el de la naturaleza; es la parábola de los siervos, llamados á horas diversas é igualmente retribuidos: lo natural, lo ordinario, lo que tenemos delante hoy, como á todas horas, lo que el mundo no

puede tolerar, porque contradice sus máximas de abominación y le arranca desde la cuna sus víctimas de corrupción y de engaños, es la vocación y predestinación regular y ordenada desde el principio; es el dedo de Dios que hace enmudecer á estos nuevos sátrapas egipcios; es la voz del Altísimo que llama pequeños Samueles en el silencio de la noche de los tiempos.

Por eso cantaba David á Jerusalén, al Templo y al Arca Santa, dentro de sus muros contenida: *Jerusalén, que se edifica como una ciudad cuya sociedad está en unión.*

Como una ciudad, sí, señores: como una ciudad, cuya edificación es paulatina y pausada, y comienza por los cimientos; porque toda edificación, dijo después Jesucristo, cuyos cimientos son arena, es edificación insensata y de grande ruina; y cuanto más se ha de elevar el muro, vino á concluir más tarde, otro prodigio de la predestinación y de la gracia, San Agustín, tanto más profundo ha de ser el cimiento, cimiento de humildad, dice el Santo Padre, que encorva y hace desaparecer de la vista de los demás al obrero infatigable que le está socavando, para alzarle después sobre la altura del edificio, ante los circunstantes asombrados de tan prodigiosa elevación: cimiento, concluyo ahora yo, socavado desde la cuna, cubierto por la humildad, no visto ó despreciado por los mundanos, envidiado y aparentemente desconocido y calumniado por ellos, que, en frase del Apóstol San Judas, blasfeman todo lo que ignoran, corrompidos en las mismas dádivas y dones, que en los secretos eternos de predestinación les concedió conocer el Altísimo.

*Sociedad que está en unión.* ¡Mírala bien, sociedad del siglo XIX! ¡Mírala bien, que tienes mucho que aprender en ella! ¡Tú, dividida, destrozada, egoista y material en todos los terrenos; ella, unida, caritativa, llena de abnegación, espiritual en todas sus fases! No es una reunión de infelices ilusas, como tú te esfuerzas en suponer, no; menos aún la mansión de los llantos, y la ciudad de la desesperación y del dolor, que pintó

el Dante al describir el infierno; aquí hay esperanzas, y esperanzas infalibles y eternas; no es esto una *necrópolis*, no, como queréis llamar á nuestras cristianas mansiones de los difuntos: es una ciudad de vivos; porque Dios, ha dicho la Santa Letra, no es Dios de muertos, y viven, y viven vida eterna, anticipada, y hasta vida temporal, dilatada y dichosa, los que tienen la inmensa felicidad de creer y vivir en Él; y tenedlo entendido, las puertas de esta ciudad que os causan tan ridículo hipócrita espanto, se abren á una inmensidad de luz, de animación y de vida; y ellas, como esas rejas que hacéis aparecer tan crueles y tan espantables, y que evitan las negras de vuestros calabozos, y las doradas de vuestros artificios, están engastadas de zafiros y diamantes y topacios; y en ellas se refleja, si no la luz del sol, de la luna y de las estrellas, porque no necesitan para nada de todo eso, la luz de su inmortal lucerna, candelabro, antorcha y lámpara, que es el Cordero, al que siguen esas castas mujeres, el que las alimenta, las defiende del frío y del calor, endulzando sus pesares, que son los que las proporcionáis vosotros material y espiritualmente, y secando sus lágrimas, y prestándolas su inmensa inmortal alegría, mientras vosotros, necios ó pervertidos, las creéis infelices y desoladas en el claustro.

*Pues allá subieron las tribus, las tribus del Señor, por precepto, á Israel para alabar el nombre del Señor.* Allá, á esa ciudad que os retrataba yo ahora mismo, con la palabra misteriosa y poética, inspirada y sublime, del Discípulo del amor, *vidente* en Patmos; á esa ciudad, que no es la Jerusalén precisamente del Profeta coronado, ni su Templo, al que cantaba en este Salmo á la letra; á esa ciudad eterna y dichosa, de la que era antesala esa otra fortaleza de Sión, y este edificio á Dios y á la vida monástica consagrado, subieron ya muchas tribus de esa falange numerosa de vírgenes, de esa pléyade inmensa de víctimas, no de Dios, sino de su enemigo: no de sus votos, sino de sus adversarios; y sacrificadas en aras de los rigores y de las persecuciones de esta sociedad humanitaria, benéfica y

flantrópica; arrojadas de sus asilos, probadas con el agua y el fuego, privadas hasta de lo más preciso para sostener su pobre existencia, sitiadas por hambre y deshonradas por la calumnia, estas nobles víctimas lloraron en silencio, como Seilam, hasta que subieron á los eternos montes del cielo á pedir entre sus compañeras, á grandes voces, la aceptación de su sacrificio y el perdón para sus sacrificadores.

¡Tiembra, mundo insensato; tiembra á pesar de todo! *Porque allí se colocaron las sillas de justicia, sillas en la casa de David,* sigue anunciando el mismo Real Profeta; sillas de justicia en las que, como se dice de Dios, juzgarán á las mismas de la tierra. Ellas lo dejaron todo: abandonaron las delicias y las comodidades de la vida; ocultaron acaso el talento y la belleza; se desligaron de los más puros afectos; renunciaron á las más risueñas y alhagüenas posiciones; lo dejaron todo, para hablar con la letra del Evangelio; fueran pobres ó ricas, adornadas ó no con las dádivas de la hermosura y de la inteligencia; todo, poco ó mucho, lo dejaron, porque dejaron el amor de sus padres, y el afecto á su pobreza en el siglo, y le siguieron, para poder llamarse dignas de Él, y verdaderas y genuinas discípulas de tan gran Maestro; y no preguntaron, como los Apóstoles, por su recompensa, porque ya la sabían; pero entretanto, el mundo las persiguió por ese sólo y único, ejemplar, hecho; y las calumnió en sus fines, en sus medios, en su objeto y en sus propósitos; y las apellidó holgazanas é inútiles, y hasta criminales en el gran concierto social; y no contento con maltratarlas de palabra, las hubiera, de hecho, destruído y exterminado de obra sin el auxilio de Dios, su Esposo, y de las almas nobles y piadosas, sus hermanas. ¡Sillas de justicia de la casa eterna de David, pasad; porque vuestro sólo recuerdo nos da miedo!

Mas la cítara davídica, el salterio, y la sinfonía, y el coro que recrearon los oídos del Pródigo del Evangelio, arrancado de entre la pira de puercos por el recuerdo de los jornaleros de la casa de su padre, vuelve á resonar en los míos con ecos